

Los Tres Mosqueteros

Alejandro Dumas

Ilustraciones ~ Gabriel San Martín



La Puerta Secreta





dro Dumas
es ~ Gabriel San Martín

La Puerta Secreta

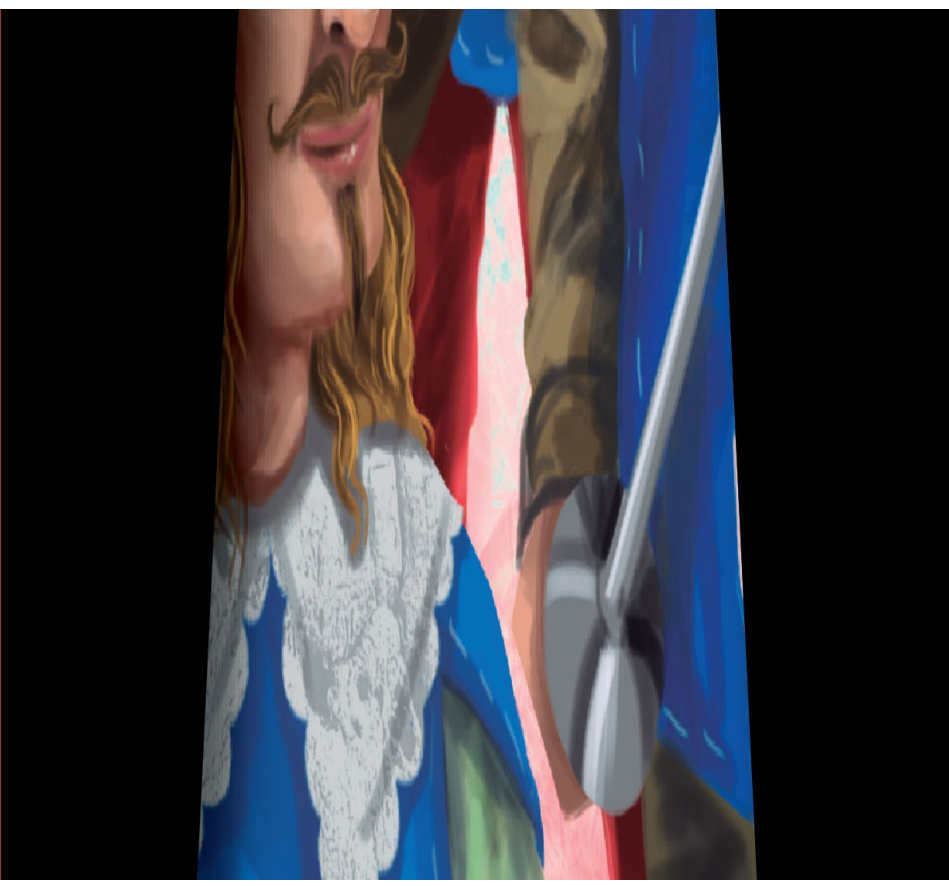


Mosquetereros

Alejandro
Ilustraciones



Los Tres







LA
PUERTA
ARTES



Letra Impresa
GRUPO EDITOR

COLECCIÓN La puerta secreta

REALIZACIÓN: Letra Impresa

AUTOR: Alejandro Dumas

ADAPTACIÓN: Andrea Braverman

EDICIÓN: Patricia Roggio

DISEÑO: Gaby Falgione COMUNICACIÓN VISUAL

ILUSTRACIONES: Gabriel San Martín

Dumas, Alejandro

Los tres mosqueteros / Alejandro Dumas ; adaptado por Andrea Braverman. -
1ª ed adaptada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Letra Impresa Grupo
Editor, 2019.

Libro digital, Amazon Kindle

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4419-85-9

1. Narrativa Francesa. 2. Novelas de Aventuras. I. Braverman, Andrea, adap. II.
Título.
CDD 843

© Letra Impresa Grupo Editor, 2021

Guaminí 5007, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Teléfono: +54-11-7501-1267 Whatsapp +54-911-3056-9533

contacto@letraimpresa.com.ar

www.letraimpresa.com.ar

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción parcial o total, el registro o la transmisión por un sistema de
recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico,
electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorización previa y
escrita de la editorial.

LA PUERTA SECRETA

Esta colección se llama **La Puerta Secreta** y queremos invitarlos a abrirla.

Una puerta entreabierta siempre despierta curiosidad. Y más aun si se trata de una puerta secreta: el misterio hará que la curiosidad se multiplique.

Ustedes saben lo necesario para encontrar la puerta y para usar la llave que la abre. Con ella podrán conocer muchas historias, algunas divertidas, otras inquietantes, largas y cortas, antiguas o muy recientes. Cada una encierra un mundo desconocido dispuesto a mostrarse a los ojos inquietos.

Con espíritu aventurero, van a recorrer cada página como si fuera un camino, un reino, u órbitas estelares. Encontrarán, a primera vista, lo que se dice en ellas. Más adelante, descubrirán lo que no es tan evidente, aquellos “secretos” que, si son develados, vuelven más interesantes las historias.

Y por último, hallarán la puerta que le abre paso a la imaginación. Dejarla volar, luego atraparla, crear nuevas historias, representar escenas, y mucho, mucho más es el desafío que les proponemos.

Entonces, a leer se ha dicho, con mente abierta, y siempre dispuestos a jugar el juego.





LA LLAVE MAESTRA

Hoy muchas de las historias que nos entretienen, especialmente las de aventuras, llegan a nosotros en forma de series que seguimos, en la televisión o por Internet, temporada tras temporada. Parte de su éxito se debe a que cada uno de sus episodios nos deja con ganas de seguir viendo un capítulo más, un ratito más, para descubrir si por fin los personajes logran salir del problema en que se metieron en el episodio anterior o deberán vencer un nuevo obstáculo. ¿Pero esta forma de atrapar al público, de captar su atención y mantenerlo en suspenso es una novedad del siglo XXI? Veamos qué pasaba unos cuantos años antes.

Alejandro Dumas escribió *Los Tres Mosqueteros* en 1844. Imaginen cómo habrá sido el acceso al entretenimiento de aquel público tan lejano. Hace más de 170 años, no había Internet, cine o televisión. Ni siquiera radio. Sin embargo, las ganas de la gente de seguir de cerca las andanzas de sus personajes favoritos, de emocionarse con historias de amor, de acción, de misterio eran iguales a las nuestras... Entonces, ¿dónde encontraban esas historias? En la versión escrita de las actuales series de televisión: el folletín.

El folletín era una novela por entregas, o sea, una novela dividida en episodios que se publicaban semanalmente en el diario, y que los lectores esperaban con impaciencia, igual que nosotros esperamos ver cómo sigue la serie que nos gusta.

Así llegó a la gente *Los Tres Mosqueteros*, que publicó el diario francés *Le Siècle* entre marzo y julio de 1844. Cada semana, cuando abrían el diario y se encontraban con una nueva “entrega” de la novela, los seguidores de esta historia se entretenían y emocionaban con las aventuras de un joven valiente

llamado D'Artagnan y de sus tres fieles amigos. Y con cada episodio viajaban a un viejo mundo de reyes, espadachines y bellas damas: la época del reinado de Luis XIII, en Francia.

En su tiempo, el éxito de la novela de Alejandro Dumas fue enorme. Pero superó su época, viajó de lector en lector, y hoy sigue vigente. Muchos saben de qué se trata o conocen a los personajes aun sin haberla leído, y una prueba de esto es su frase más famosa: “¡Todos para uno y uno para todos!”. Este lema, que D'Artagnan pronuncia con su espada en alto para sellar un pacto de amistad con Porthos, Athos y Aramis, es recordado y repetido porque demuestra que la unión hace la fuerza y que la solidaridad y la lealtad son valores que no pasan de moda. Llegó el momento de que se enteren cuándo y por qué el protagonista de una de las novelas más importantes de la literatura la dijo.



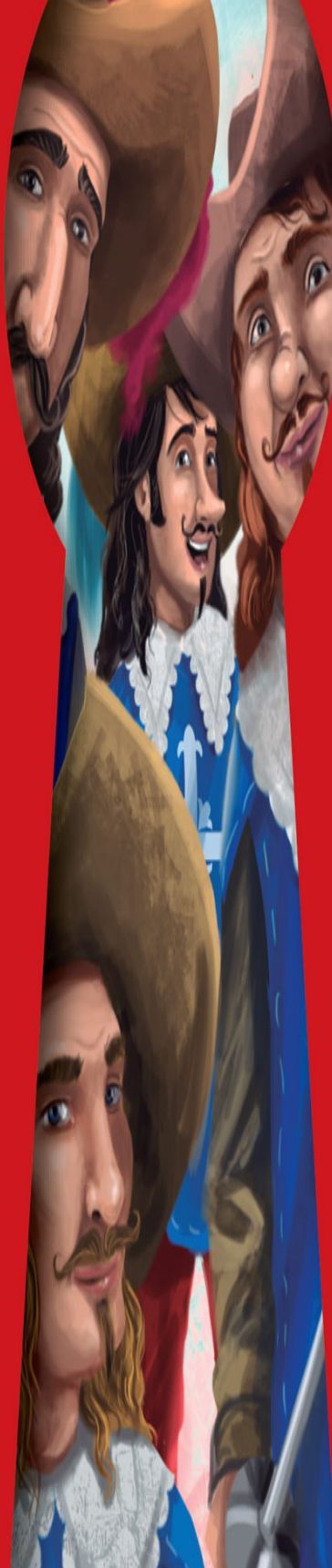
LOS TRES MOSQUETEROS

ALEJANDRO DUMAS

ADAPTACIÓN

Andrea Braverman





ILUSTRACIONES

Gabriel San Martín





1. LOS TRES REGALOS PARA D'ARTAGNAN

Aquel lunes de abril de 1625, el pueblo de Meung parecía revolucionado. Muchos de sus habitantes corrían hacia la posada del Franco Molinero, donde minuto a minuto se agolpaba cada vez más gente bulliciosa y llena de curiosidad.

La causa de tanto alboroto era un jovencito. Si quieren saber qué aspecto tenía, imaginen a don Quijote a los 18 años, sin casco ni armadura, con un chaleco de lana desteñida, cara alargada y morena, ojos despiertos y nariz puntiaguda pero interesante. Alguien distraído podría haber pensado que se trataba del hijo de un granjero, si no fuera por la larga espada que colgaba de su cinturón de cuero.

Este jovencito tenía un caballo petiso y sin cola, que llamaba la atención por su pelaje amarillento y su apariencia un poco extraña. En una época donde todo el mundo se creía experto en caballos, la aparición de ese animal en el pueblo dio mucho que hablar. Y eso, claro, perjudicó a su jinete, el joven D'Artagnan (así se llamaba nuestro don Quijote), que había aceptado montar ese ridículo caballito solo porque se trataba de un regalo de su padre.

—Hijo mío —le había dicho, antes de partir—, este caballo nació en nuestra casa. Consérvalo siempre y cuídalo con cariño. Cuando llegues a la corte, solo obedece al rey o al cardenal. Pórtate como un hombre valiente y ve en busca de aventuras. Sabes manejar la espada, así que nunca te rindas. Todo lo que puedo darte son quince escudos, el caballo y estos consejos. Busca en París a mi viejo amigo Tréville, el capitán de los mosqueteros del rey, y llévale esta carta de mi parte.

Ese mismo día, el joven se puso en marcha. Y la verdad es que el curioso aspecto de su caballo provocó más de una mirada burlona en el camino. Sin embargo, como la espada de D'Artagnan era grande y su mirada feroz, todos aguantaban la risa. Pero cuando llegó a la posada del Franco Molinero, observó que un elegante hombre con una cicatriz en la sien hablaba de su caballo con disimulo, mientras quienes lo oían se reían a carcajadas. Caminó hacia él, con una mano en la cintura y otra en la empuñadura de su espada, y le gritó:

—¡Eh, caballero, dígame de qué se ríe y nos reiremos juntos!

—No estoy hablando con usted, señor —respondió el hombre con cinismo.

—Pero yo sí le estoy hablando —dijo D'Artagnan, desenvainando el arma.

El desconocido aceptó el reto, también sacó su espada y se puso en guardia. Pero en ese mismo momento, las dos personas que habían estado oyendo sus burlas y el dueño de la posada atacaron a D'Artagnan en una pelea desigual. Agotado y herido, el joven dejó caer la espada y recibió un golpe en la frente que lo tiró al suelo.

La noticia de la pelea se esparció rápidamente y todos los pueblerinos corrieron a la posada para enterarse de qué estaba pasando. Sin embargo, el dueño no quería escándalos, así que llevó al herido a la cocina, para que se recuperara.

—¿Cómo se encuentra el joven peleador? —preguntó el caballero desconocido, después de un rato.

—Mejor —respondió el posadero—. Aunque apenas abrió los ojos, empezó a gritar: “¡Ya verán lo que va a pasar cuando le cuente esto a Tréville!”. Asegura que es su protegido y que lleva una carta para él en el bolso. Le digo esto, su excelencia, para que tenga cuidado.

—¿Es posible que ese muchachito conozca al capitán de los mosqueteros? —murmuró el desconocido entre dientes—. ¿Lo habrá enviado Tréville para tenderme una trampa? Si tan solo pudiera leer esa carta... —Y después de meditar un instante, preguntó—: ¿Dónde está ahora?

—Lo llevé a mi habitación para que mi mujer cure sus heridas.

—Muy bien. Prepare mi cuenta. Me iré de inmediato.

El posadero, que no quería problemas, subió a su cuarto y convenció a D'Artagnan de que siguiera su camino.

Un poco aturdido todavía, el joven se levantó como pudo y bajó a la cocina. Pero antes de salir, vio a su provocador junto a un carruaje, conversando con una mujer pálida y rubia, de ojos azules y mirada triste.

—Entonces, su eminencia me ordena... —decía la bella dama.

—Que vuelvas enseguida a Inglaterra, Milady. Debes avisarnos si el duque abandona Londres.

—¿Y las otras instrucciones? —preguntó la viajera.

—Están guardadas en esta cajita. Ábrela cuando ya estés lejos. Yo regresaré a París.

—¿Y no castigarás al joven insolente?

Antes de que el desconocido pudiera responderle, D'Artagnan apareció frente a ellos y exclamó:

—¡Este joven insolente es el que castiga a los cobardes!



